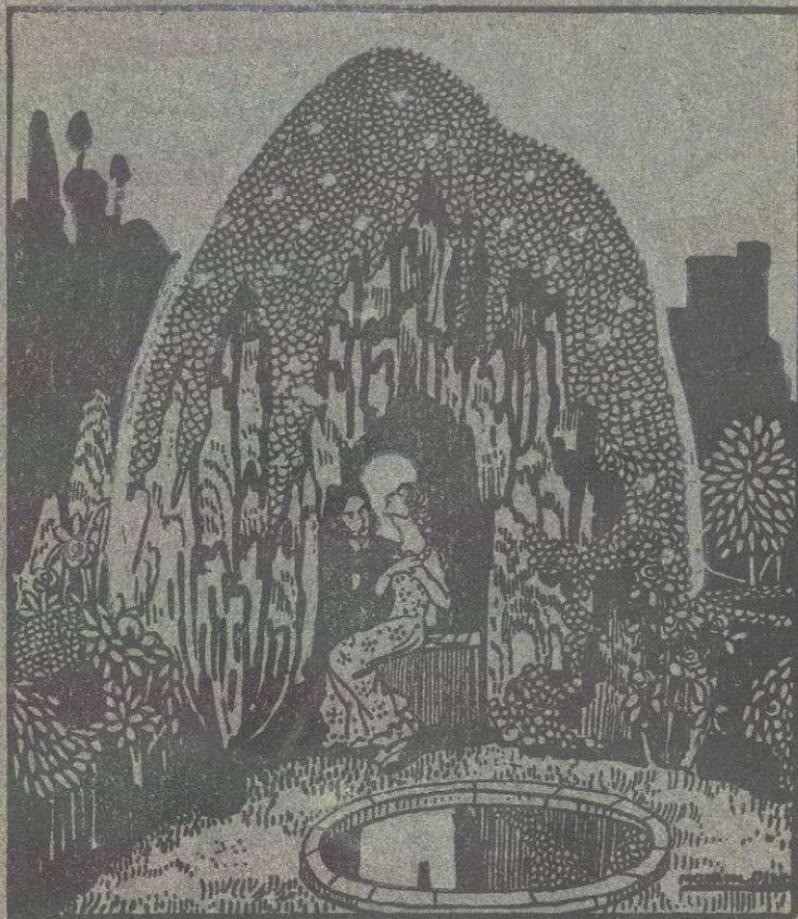


ALBERTO A. DE CIENFUEGOS



GENERALIFE

13.962

R. 27257

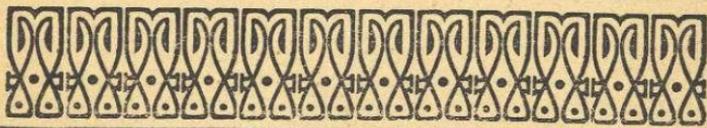
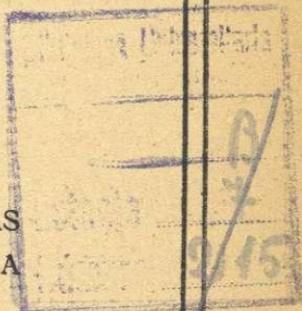


ALBERTO A. CIENFUEGOS

Generalife

POESÍAS

ILUSTRACIONES LÍRICAS
DE MANUEL DE GÓNGORA



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala:

B

Estante:

5

Numero:

411

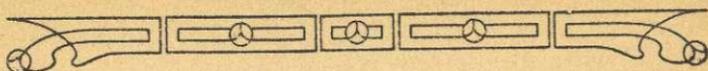
IMPRESA EN LA IMPRENTA DE «EL DEFENSOR DE GRANADA»

*AL CENTRO ARTÍSTICO Y
LITERARIO DE GRANADA*

*con toda la devoción y el cariño
:: que merece y le profesa ::*

El Autor.

A UNA MUERTA



Ante el sepulcro en que tu cuerpo yace
mi planta temerosa se detiene,
mientras mi mano, trémula, deshace
líricas flores que a ofrendarte viene.

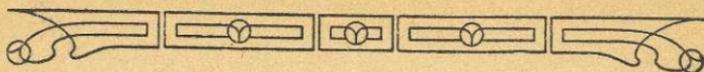
El tesoro sin fin de tu cariño,
sobre mí derramaste, sin medida.
Para tí he sido, siempre, incauto niño
cuyos pasos guiabas por la vida.

Más bienes de tu amor he recibido,
que lágrimas mis ojos han vertido
llorando la amargura de perderte...

¡Y eras tan buena, me quisiste tanto,
que pienso que en las puertas de la muerte
sólo te hizo llorar, mi propio llanto...!



AUTO DE FE



Mi Poesía es el recuerdo de las cosas entrevistadas
en el curso de las horas y a través de los espacios;
y mi Musa, muda Esfinge que contempla en los desiertos
desfilan las caravanas con el índice en los labios.

Con la frente levantada, sin temor y sin orgullo,
he emprendido mi camino por senderos solitarios,
sin llevar en la escarcela, como pan para el viaje,
otra cosa que, entre flores, mis benditos entusiasmos.

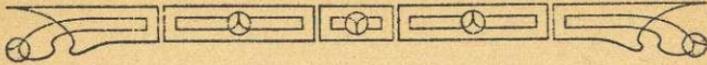
Ni el presente me retiene, ni el futuro me amedrenta...
Por el mar de mis ensueños atravieso como un barco.
El timón, es la conciencia; mi destino, el horizonte,
y la nave se desliza sin temer a los naufragios.

El Dolor y la Alegría, compañeros de la Vida,
en distintas ocasiones en mis lares penetraron.
Mas la risa fué una rosa que marchita se deshizo,
y el dolor no ha conseguido fecundar los desengaños.

No es el oro lo que busco, ni consiente mi prosapia
arrastrar una existencia que desdiga de un hidalgo.
Y me diera por contento si la suerte me concede
que las últimas monedas se me acaben con los años.



DEL ALMA INGÉNUA



I

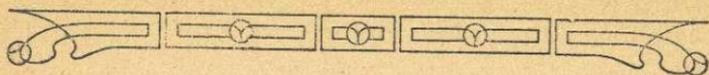
En un viejo jardín de Andalucía
te he visto, toda inciensos, como una
fragante rosa de melancolía,
en íntimos coloquios con la luna.

Tus ojos inquietantes de Madona
eran dos llamas de sangrientas luces.
Pupilas que soñaron en Verona
con trágicos idilios andaluces.

Tu mano deshojaba la infinita
pureza de una blanca margarita...
Y en la quietud propicia de la hora,

bajo el encanto de los limoneros,
hilabas la ilusión de ser pastora
de un místico rebaño de luceros.





II

Novicia del Amor: Sobre tu frente,
de pálido reflejo marfileño,
aletear, a veces, se presente
la blanca mariposa del Ensueño.

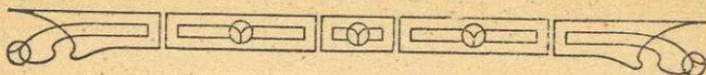
Tu vida, más que vida, es como un sueño
a orillas conciliado de una fuente.
Un plácido crepúsculo abrileno
lleno de paz y de aromoso ambiente.



Eres la primitiva soñadora
que todo cuanto existe la enamora...
La ingénua que, con fe desconocida,

ha puesto su esperanza en el destino,
y, alegre pasajera de la vida,
acorta con canciones su camino.





III

Y tienes, sin embargo, tus dolores,
tus íntimos pesares y tus penas,
que nacen con la luz de sus fulgores
y mueren con el sol, las azucenas.

En tus pupilas místicas, serenas,
como una noche azul de ruiseñores,
las lágrimas son néctar con que llenas
la copa virginal de tus pudores.

Y lloras cuando brilla la mañana
en el turbio cristal de tu ventana.

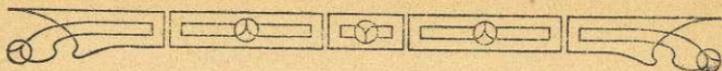
Y lloras cuando regio muere el día

tras la cumbre distante y azulosa...

¡Tu llanto dice sólo la alegría

de quien todo lo ve, color de rosa...!





IV

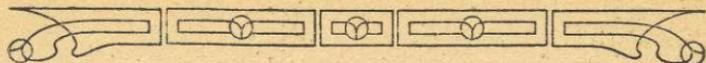
A través de los vidrios empañados
por las tristezas que el invierno llora,
he visto tu cabeza soñadora
doblada sobre mágicos bordados.

Bajo los dedos finos, sonrosados,
surge el encanto de celeste flora,
mientras un sol amarillento, dora
tus frágiles cabellos ondulados.

En esa paz, en ese aquietamiento,
¿toma parte también el pensamiento?
O cuando al lienzo miran las pupilas

y, hábil, en él tu mano borda flores,
en la inquietud de tus ensueños, ¿hilas
la trama juvenil de los amores?





V

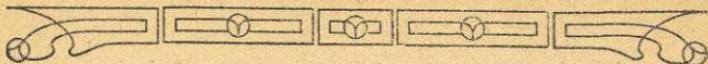
A qué fingir, si en tus pupilas leo
lo que los labios callan precavidos?
Más fuerte que el Pudor es el Deseo,
tormenta que esclaviza los sentidos.

Son tus secretos para mí sabidos,
que hasta tu propio corazón poseo.
Y es música el Amor en mis oídos
y en cada frase tuya lo preveo.

No te avergüences de quererme un poco.
¿Qué culpa tienes tú ni yo tampoco?
¿O existe, por acaso, algún delito

en que la flor exhale sus aromas,
o en que, bajo el azul del Infinito,
se arrullen, inconscientes, las palomas...?





VI

Felicidad, por fin me visitaste,
y en esta alcoba, solitaria y fría
en otros tiempos, al pasar dejaste
un estela de luz y de alegría.

Muerta contemplo la tristeza mía;
tú, con tus blancas manos, la mataste,
y en un nupcial e inolvidable día
entre besos de amor la sepultaste.

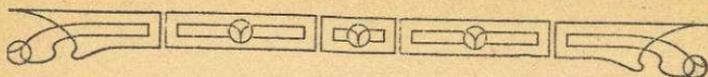
Abierto está el balcón... En los espejos
el oro quiebra el sol de sus reflejos...

Y allá en la sombra, sobre la almohada,

y tibia aún, contéplase la huella
que con su peso grácil hizo en ella
la rubia cabecita de la Amada.



AL POETA



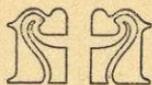
De los dulces regatos cristalinos
tiene tu verso el resbalar sonoro,
y los claros acentos peregrinos
de legendarias cítaras de oro.

Una tranquila noche de verano
perfumada de nardos y azahares,
en que del blando céfiro la mano
desató de la fuente los collares,

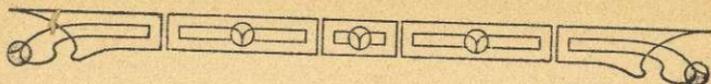
mientras la luna en el jardín nacía,
te ofreció pudorosa la Poesía
las desnudeces de su carne joven;

en tanto que la brisa sollozaba
y un piano romántico, lloraba
una triste sonata de Beethoven.

Manuel de Góngora.



ECOS DE LA NOCHE



LA LEYENDA

Era rubia la Princesa
como los trigos maduros,
y eran sus ojos de cielo
como los mares profundos.

Frente blanca, manos blancas,
y los dientes diminutos
engarzados en la sangre
de los labios siempre húmedos.

Hecha no fué la Princesa
para los guerreros rudos;
palomas y gaviñanes
jamás anidaron juntos.

En su camarín de ensueño,
la Princesa nunca supo
por qué las rosas florecen
entre espinares agudos.

Una noche, hasta el castillo
llegó un trovador iluso,
con sus canciones por armas
y su lira por escudo.

Alegró con su alegría
los semblantes más adustos,
y en los corazones vírgenes
de los guerreros abruptos,

nueva luz y nuevas ansias
con sus madrigales puso.
Y escuchando la Princesa
de los versos el conjuro,

mientras sus dedos hilaban
albos copos en el huso,
sentía, allá de su pecho
en el rincón más oculto,

florecer el rojo lirio
de los amores presuntos.
Marchóse el juglar un día,
y nunca saberse pudo

por qué senderos ignotos
su destino le condujo.
Mas, grabada con las uñas,
del castillo sobre el muro,

dejó esta leyenda escrita
antes de emprender su rumbo:
«Ser golondrina es mi sino,
y ser ruseñor el tuyo.

Aunque perdido me creas,
¡canta tú, que yo te escucho! »
Y desde la infausta hora
en que el trovador iluso,

con su lira y con sus versos,
dejó el castillo vetusto,
la Princesa fué un fantasma,
todo blanco, todo mudo,

que vagó por los jardines
y por los claustros oscuros
con los cabellos flotantes
sobre los hombros desnudos,

fríos y pálidos, como
las losas de los sepulcros.
Y una noche de misterios
y de trágicos augurios,

en que la luna lucía
entre sudarios de nublós
y el aguacero sonaba
como un doble de difuntos,

dejó la Princesa el lecho,
cruzó los claustros oscuros,
y huyó por los campos hoscós
vestidos de negro luto.

¿Dónde fué? Nadie lo sabe.
No dejó rastro ninguno.
La lluvia borró las huellas
de sus pasos inseguros.

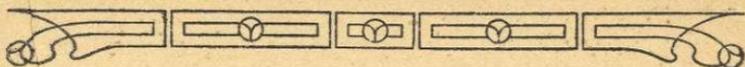
Y cuentan los labradores
de aquel apartado burgo,
que en las noches del Invierno,
cuando el huracán con bruscós

golpes agita las puertas
dando terribles aüllos,
y el relámpago se enciende,
y ruge el trueno sañudo,

como un eco que al destino
respondiese gemebundo,
se escucha una voz que canta
con acento de conjuro:

«Golondrina, golondrina:
Cuando emprendiste tu rumbo,
¿a dónde posaste el vuelo,
que en vano tu nido busco...?»





EL TROVADOR

Princesa la de los labios
hechos de fino coral
que saben de las sonrisas
pues no besaron jamás:

Princesa que en tu ventana,
cuando te sientas a hilar
más hila tu pensamiento
que tus dedos de cristal;

Princesa que en tus jardines
eres como una flor más,
aunque tú siempre lo ignores
mi amor siguiéndote irá

como la espuma va unida
a las olas en el mar,
como en la tierra la sombra
al cuerpo siguiendo va.

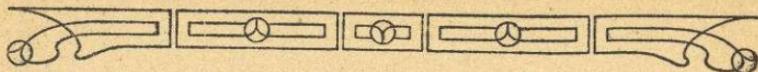
Yo sé que nunca mis sueños
han de tener realidad...
Yo sé que nunca mi llanto
tus labios han de secar.

Que estás tan alta Princesa
y es tan grande mi humildad
que mirando tus pupilas
creo hacia el cielo mirar...

Mas siendo tú como estrella
y yo gusano, no más,
las flores de tus jardines
nos aroman por igual.

Duerme tranquila, Princesa...
La luna oyéndome está...
¡Trovador me hizo el acaso,
y es mi destino, soñar...!





LA PRINCESA

Trovador el de las trovas
dichas bajo mi balcón
en las horas en que oirlas
sólo podemos los dos;

Trovador que en mis jardines
vives llamando al Amor
sin que el Amor te responda
ni encuentre un eco tu voz;

Trovador que, entre suspiros,
das al viento tu canción:
aunque nadie te comprenda,
sé constante, trovador;

que aun el ágata más dura
que al cincel se rebeló,
no resiste de una gota
la continua filtración.

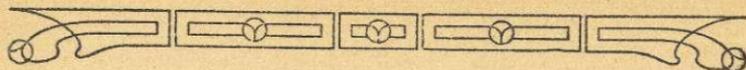
Con los rayos de la luna,
blanca como mi pudor,
sigue tejiendo los sueños
que tu mente concibió.

El rosal de la Esperanza
da la flor de la Ilusión...
La Primavera está cerca...
¡Sé constante, trovador...!

Sigue contando a los vientos
tu agonía y tu dolor...
Sigue poniendo en tus labios
hieles de tu corazón,

que aunque nadie te comprenda
ni encuentre un eco tu voz,
en mi lecho, palpitante,
tus trovas escucho yo...





EL RECUERDO

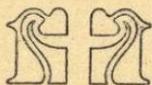
Era una noche tranquila,
una noche toda azul,
una noche que era un sueño
propicia a la Juventud.

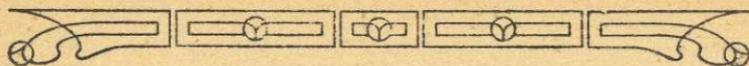
Nos amamos sin palabras
del jardín en la quietud
porque era bella la noche,
porque pálida eras tú.

Las estrellas se encendieron,
rasgóse tu blanco tul
y los ojos se cerraron
en penosa laxitud

La luna nos envolvía
en su clámide de luz
y el amor en nuestras bocas
dejó una dulce acritud.

Era una noche tranquila,
una noche toda azul,
una noche que era un sueño
propicio a la Juventud.





LA AGONÍA

Porque mis labios besaron
de tus labios el coral
una noche en que dormida
te hallé bajo el limonar

que es toldo de flores blancas
en tu jardín señorial,
tu padre y príncipe mío
mi cuerpo mandó colgar

de la almena más enhiesta
de su castillo feudal.
Y no es, Princesa, que intente
mi delito disculpar;

mas llevando suspendido
del cinto el corvo puñal,
siendo profundo tu sueño
y grande la soledad,

en vez de besar tu boca,
bien te pude asesinar.
Y a fe que hubiera acertado,
Princesa toda maldad,

aunque temo que el acero
saltara roto, quizás,
al herir tu venenoso
corazón de pedernal.

No es de damas bien nacidas
hacer burlas de un juglar,
que soñando que eras rosa
de su lírico rosal,

intentó, por un momento,
tus perfumes aspirar.
Ni olvidé tu clara estirpe
ni mi oscura calidad.

Mas fiado en tus palabras
y alentado por mi afán,
yo miraba reflejarse
tu grandeza en mi humildad,

como el sol en la corriente
de un arroyo de cristal.
Fué delirio mi esperanza.
Tu divisa fué crueldad.

Y antes que rompa la aurora
su cortina matinal,
cuando la alondra deshaga
las flores de su cantar,

estos labios, que besaron
de tus labios el coral,
por castigo de su crimen,
pasto de buitres serán.

Mas, por mi amor imposible,
por mi beso criminal,
por mi esperanza deshecha
como la espuma en el mar,

por mi muerte, por tus odios
que mis verdugos serán,
yo te juro que una noche
de horror y de tempestad,

levantándose mi sombra
de su lecho sepulcral,
hasta la estancia en que duermes
sigilosa llegará.

Y mis labios descarnados
sobre los tuyos pondrán,
en un beso de venganza,
de la tumba la frialdad.

Entonces, por el espanto,
veré nublarse tu faz,
de nieve hacerse tus venas,
y en sus latidos cesar,

de pronto, tu venenoso
corazón de pedernal.

Y tu cuerpo, como el mío,
y no lejos de él quizás,

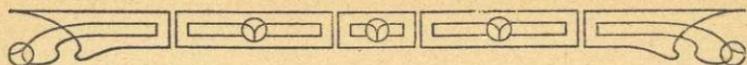
en el sueño de la muerte
para siempre se hundirá.
Sobre el pedazo de tierra
que nos cubra por igual,

en un día dos rosales
distintos florecerán.
El uno, las flores rojas
como tus labios tendrá.

Sus hojas como la seda
de tus mejillas serán,
y sus espinas agudas
como puntas de puñal.

Las flores del otro, apenas
en el tallo cuajarán,
e, imagen de mis ensueños,
su aroma será mortal.

¡Que Dios te guarde, Princesa!
Mi muerte cercana está.
¡Que ya la alondra deshace
las flores de su cantar!



CANCIÓN DE LINDARAJA

Cautivo, tus ligaduras
mis manos han de romper,
y con bálsamo de besos
tus heridas curaré.

Cuando te vieron mis ojos,
desde el florido ajimez,
cruzar con altivo porte
entre el guerrero tropel,

arrastrando las cadenas
que enlazaron a tus pies,
sin explicarme la causa,
me sentí palidecer.

Desde entonces sólo vivo
pensando en el día aquel;
desde entonces no me aparto
de mi florido ajimez,

y a todas horas espero
volvete de nuevo a ver
cruzar con altivo porte
entre el guerrero tropel.

De las cuadras de mi Alcázar,
cubierto con rico arnés,
mis esclavos eligieron
el más brioso corcel.

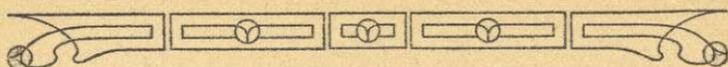
Y olvidada de quien soy,
traicionando mi altivez,
de estos reinos para siempre
contigo me partiré.

Y si tu amor me desdeña
cuando en libertad estés,
aunque he nacido Sultana
me basta tu esclava ser.

Cautivo, tus ligaduras
mis manos han de romper,
y con bálsamo de besos
tus heridas curaré.



AL POETA



Húmedo por la lluvia y por el llanto
el de tus versos milagroso encaje,
encubre con los pliegues de su manto
la tristeza infinita del paisaje.

Música dulce en tus estrofas suena;
música de suspiros y de besos,
que de nostalgias nuestro pecho llena
y aduerme el alma con sus embelesos.

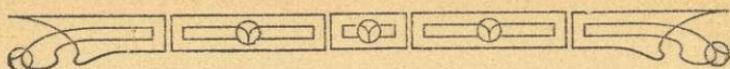
Tiene palpitación de humana herida
tu soneto; crueldad de despedida,
y ese dolor inexplicable, eterno,

con que en los tristes días otoñales
miramos, tras los húmedos cristales,
llegar el esqueleto del Invierno.

Manuel de Góngora.



CANCIONES DEL RECUERDO



I

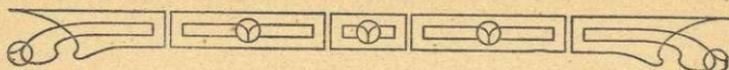
Sobre las aguas del silente río
la incierta luz crepuscular flotaba,
y con extraño resplandor sombrío
color de sangre a la corriente daba.

Surgieron las palabras de la boca
llenas de paz y sin ficción alguna,
como cantar de ruiseñor que evoca
recuerdos de la noche y de la luna.

Y hablamos del amor y de la vida...
Y al formular la mútua despedida,
yo ví brillar en tus serenos ojos

el último fulgor del sol poniente,
que sobre un lecho de nublados rojos
se recostó majestuösamente.





II

Al mirarme cruzar a los fulgores
sangrientos de la tarde que moría,
cargado con la cruz de mis dolores,
tuviste compasión de mi agonía.

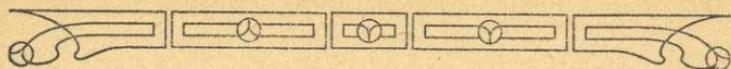
Sobre mi frente pálida pusiste
tu mano señorial y perfumada,
y—Reposa un momento,—me dijiste,
bajo la sombra azul de la enramada.

Y te seguí, buscando en tus consuelos
la paz no concedida por los cielos.

Eras tú el mar y yo era como el río,

que después de rodar del monte al llano,
renunciando feliz a su albedrío,
se funde en la quietud del Oceano.





III

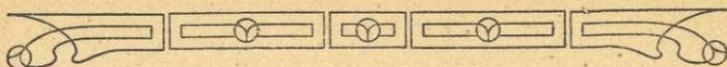
Tantos presagios en la tarde había
y era tan triste el ritmo de la fuente,
que, con sus alas, la Melancolía
selló mis labios y signó tu frente.

Bajo los arcos de la vieja puente
el agua rumorosa descendía,
copiando en la inquietud de su corriente
los últimos relámpagos del día.

Se abrió mi corazón en un arranque
de ingénuo intimidad jamás sentida...
Busqué tus ojos, y en su abismo quieto,

como en las ondas muertas de un estanque,
miré temblar, imagen de mi vida,
la trágica visión de un esqueleto.





IV

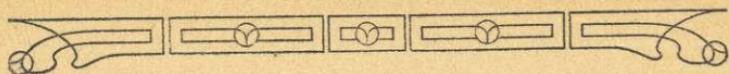
Llenas y aromas mis romanticismos
y en todo cuanto vive te presento.
Eres serena como el firmamento
y tienes la atracción de los abismos.

Ahuyentas mis más hondos pesimismos,
y en los desiertos de mi pensamiento
eternamente junto a mí te siento,
como visión de extraños espejismos.

...Sentir tu mano acariciar mi frente,
mientras las horas corren lentamente
como sangre que brota de una herida...

Y por término a todos mis antojos,
descifrar el enigma de la vida
leyendo en el misterio de tus ojos...





V

Te sigo a todas partes sin cansancio,
sordo al dolor, mas ébrio de deseo;
y cuanto más unido a tí me creo,
más de tu amor eterno me distancio.

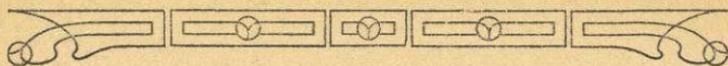
Y en esta lucha en la que el triunfo es tuyo,
mi amor en su derrota se mantiene...
Para las flechas de tus odios, tiene
mi pasión la coraza de su orgullo.

Te seguiré, sin término ni tregua,
por todos los caminos de tu vida.
Mi amor será como salvaje yegua

que, porque el freno ni la espuela advierte,
destrozado el pretal, rota la brida,
cruzaré los desiertos de la Muerte.



JARDINES INTERIORES



I

Clara, como la fuente de la Dicha;
clara como la nieve de la sierra,
como las tibias noches andaluzas,
como los rayos de la luna llena.

Clara la risa que en tus labios pone
albor de nácar y rubor de fresas.
Claros tus ojos dulces e inquietantes
como las verdes ondas de una alberca.

Claridad eucarística de luna
sobre tu frente pálida y serena
por donde a veces resbalar se mira
la sombra de una incógnita tristeza.

Clara tu voz como el rumor del agua
que, bajo el palio de las alamedas,
en el silencio de la Alhambra, dice
lo eterno de las trágicas leyendas.

Ardiente y clara vibración de vida
que eres como fecunda primavera
de un carmen granadino que florece
para aromar las cumbres del Veleta.

Oh clara, siempre clara y siempre dulce
visión de luz que guías mi existencia;
¿qué extraño azar te puso en mi camino
y a tí con tales lazos me sujeta

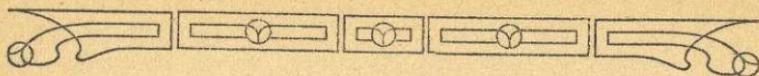
que soy como la sombra de tu cuerpo
que vá tan sólo a donde tú la llevas?
Mis versos son el eco de tus pasos
y en sus puras y rítmicas cadencias

gloso tu nombre, claro como el día,
con la blancura de las azucenas...
Ni están ellos en tí, ni tú en mis versos.
Tú formas por entero mis poemas.

Por eso si tus ojos de esmeralda,
en mis estrofas a fijarse llegan,
quizás tiembles de asombro cuando mires
tu propia imagen reflejada en ellas.

Clara, como la fuente de la Dicha;
clara, como la nieve de la sierra,
como las tibias noches andaluzas
como los rayos de la luna llena.





II

Dios te bendiga porque fuiste buena,
Dios te bendiga porque fuiste grata
como el rayo de sol que en el invierno
alegra nuestra estancia.

Dios te bendiga porque fuiste pura,
Dios te bendiga porque fuiste sana,
y siendo mucha la salud del cuerpo
era más grande la salud del alma.

Dios te bendiga amanecer de Mayo,
Dios te bendiga palomica blanca,
corazón en jazmines florecido,
ruiseñor encantado de mi casa.

¿Por qué te fuiste, para siempre, sola,
sin más apoyo que tus tiernas alas,
huyendo del hogar en que te puse
trono más alto que las cumbres altas?

¿No fueron suficientes mis caricias
para calmar tus ansias?
¿Los besos de mis labios no apagaron
la sed en que los tuyos se abrasaban?

Tú fuiste golondrina pasajera
que el nido suspendió de mi ventana...
Arrullaste mis sueños y, una tarde,
volando te perdiste en la distancia.

Y a solas me dejaste con mis penas,
feliz en tu inconstancia,
y alegre como el pájaro que logra
romper la estrecha cárcel de su jaula.

¡Corriente bullidora que discurre
saturando con húmedas fragancias
parajes que jamás oirán de nuevo
la líquida cadencia de su charla.

Quizás no vuelvas, y quizás tu canto,
más apacible que el rumor del agua,
la paz sonora de sus himnos vierta
bajo el alero azul de otra morada.

Yo espero, sin embargo, tu retorno,
como el jardín la primavera aguarda,
y del Amor, para alumbrar tus pasos,
encendida mantiénese mi lámpara.

¡Volverás...! ¡Volverás...! ¡No importa cuándo!
Tal vez una mañana,
antes que el sol su cabellera blonda
del horizonte en el confín deshaga,

tras el cristal de mi balcón, te mire
sonreír con el alba.

Quizás un triste atardecer de invierno,
cuando la lluvia caiga

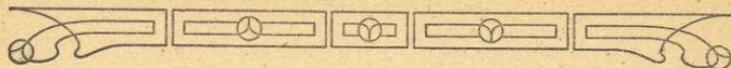
sobre el sendero que conserva impresas
las fugitivas huellas de tus plantas,
vendrás a calentar, entre la mía,
tu pobre mano helada.

O quizás una noche de perfumes,
toda silencios, transparente y clara,
cabalgando en los rayos de la luna
llegarás a mi alcoba solitaria...

¡Volverás...! ¡Volverás...! ¡Qué importa cuándo!
Presiento tu llegada
en esta fe que aroma mi existencia
con la mirra inmortal de la Esperanza.

Donde quiera que estés, mi voz te sigue;
donde quiera que estés, mi voz te llama.
¡Vuelve, retorna al nido que te espera,
ruiseñor encantado de mi casa...!





III

Quiero hacer de tu amor tan alto culto,
que, sólo por amarte,
mi corazón se tornará en sagrario
guardador de tu imagen.

Sobre el rescoldo de las muertas ansias
arrojaré mi carne,
y arderán mis pasiones, como incienso,
al pie de tus altares.

Haré renunciamiento de la vida
y seré, para tí, como una nave
abandonada sin timón ni vela
en medio de los mares.

Para ceñir la nieve de tu frente,
en el rosal de las sensualidades,
brotarán, como rosas encendidas,
los rubís de mi sangre.

Junto al borde de todos los caminos
esperaré que pases,
cargada con el haz de tus cabellos
y envuelta en el misterio de la tarde.

Y seguiré tus huellas, y a la sombra
propicia de los sauces,
oiré la voz de lo que nunca muere
cuando tu voz me hable.

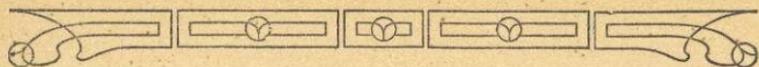
En los remansos de mi pensamiento,
igual que en los estanques
de inmóvil transparencia se retratan
los verdes arrayanes,

eternamente temblará el recuerdo
de las horas fugaces,
en que te sienta acariciar mi frente
con ternuras de madre.

Lo serás todo, Santa Deseada,
Primavera fragante,
y en los desbordamientos de mi vida
tú volverás las aguas a su cauce...

Quiero hacer de tu amor tan alto culto,
que, sólo por amarte,
mi corazón se tornará en sagrario
guardador de tu imagen.





IV

A dónde estás fragante Primavera,
corazón todo de ternuras lleno,
más dulce que las mieles y más grato
que el hogar en las noches del invierno?

Partiste por la senda del Destino
hacia el mágico Alcázar de los Sueños,
una tarde de otoño y de tristeza,
mientras el aguacero,

lloraba en el balcón de nuestras citas
por los amores muertos.
En la melancolía del paisaje,
la sombra de tu cuerpo

adquirió gigantescas proporciones,
cubrió los valles, escaló en un vuelo
las altas cumbres, y envolvió a la tierra
en un manto de luto y de misterio.

Y la noche surgió de los abismos
y brillaron las lámparas del cielo.
Seguiste tu camino a la ventura
sin más norte ni guía que lo incierto,

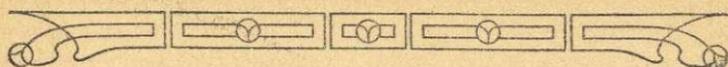
bajo los rotos árboles desnudos
cuyos mondos y tristes esqueletos
crujían a las ráfagas del aire
con un rumor de quebrantados huesos.

Como dos canes fieles y sumisos,
mis ojos te siguieron
hasta perderte en la distancia oscura
del horizonte desolado y yermo.

Y como canes fieles y sumisos
abandonados por su propio dueño,
mis ojos no han cesado desde entonces
de buscarte por todos los senderos.

¿A dónde estás, fragante Primavera,
corazón todo de ternuras lleno,
más dulce que las mieles y más grato
que el hogar en las noches del invierno?





V

Te sueño en cuanto alcanzan mis pupilas,
te finge mi ilusión en todas partes,
junto a la nieve de las altas cumbres,
en la planicie de los hondos valles,

sobre el azul donde la noche engarza
sus trémulos diamantes
y en la sutil y blonda cabellera
de los rayos solares.

Mis ojos te persiguen en los oros
ponientes de la tarde,
mentidas por las tenues y sangrientas
nubes crepusculares.

Visión que a veces con el sol se funde
y a veces se deshace,
como una flor que lenta se deshoja
al agitarla el aire.

Te busco en los serenos horizontes
de todos los paisajes,
a través de las rutas ilusorias
trazadas por el vuelo de las aves.

Te miro sonreír en los confines
lejanos de los mares,
como una blanca aparición que alumbra
las negras noches de los navegantes.

Presiento tus pupilas en los hondos
e inmóviles cristales
de los lagos de ensueño, donde el germen
de los misterios yace.

Me hablan de tí las brisas que en las ramas
floridas de los árboles
ensayan las armónicas estrofas
de un himno de gigantes.

Respiro tu perfume en los jardines
moriscos de los cármenes,
que han dado a mi Granada por murallas
una verde corona de rosales.

Te escucho palpar en el eterno
correr de los instantes,
como el principio de atracción que rige
la marcha de los mundos siderales.

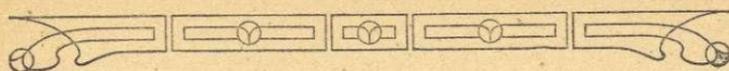
Eres, para mis horas de deseo,
voraz incendio en que mis ansias arden
y fuente milagrosa que mitiga
la ardiente calentura de mi carne.

Son tus miradas yugos que refrenan
mis lúbricos instintos pasionales,
y en las tormentas de mi vida surgen
como Cristo en el mar de Tiberiades.

Y tan hondo te siento de mí mismo
que hasta mi propio corazón no sabe
si alienta por mi vida o si tan solo
para que viva tu recuerdo late.



IDILOS ANDALUCES



I

Negras tristezas la guitarra llora
bajo el parral de un carmen granadino...
Muere la tarde con pereza mora...
¡Detente peregrino...!

Tras esos hierros brillan en acecho
unos profundos ojos pasionales.
¿No sientes sus miradas en tu pecho
clavarse como puntas de puñales?

Detente peregrino. No prosigas
tu incierto caminar a la ventura.
El trigo ha madurado en las espigas
y falta preparar la levadura.

El pan sabroso de la dicha amasa,
que son largos los días del invierno,
y en el mar de la vida nuestra casa
no ha de ser como nave sin gobierno.

Bajo la verde sombra de los tilos,
mientras la santa juventud sonría,
teje tus sueños con los áureos hilos
de este fecundo sol de Andalucía.

De este sol, como vino generoso,
que incendia la llanura
e imprime a nuestra sangre un vigoroso
latir de calentura.

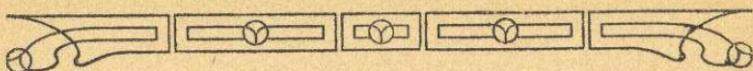
De este sol, que es salud en los hogares,
acorde en enigmáticas canciones,
rojo mosto en los húmedos lagares
y fuego dentro de los corazones.

De este sol mitológico y candente
que en la copa dorada de sus luces
nos brinda, entre destellos, la riente
placidez de los campos andaluces,

la majestad de los altivos montes,
la amplitud de las vegas dilatadas,
la calma de los anchos horizontes,
la paz de las corrientes azuladas,

la verde protección de las florestas
en el jardín romántico y fragante,
y la quietud solemne de las siestas
al arrullo propicio, sollozante,

de la fuente moruna que parece
decirnos con su eterno murmurío:
—¡Corazón que por Mayo no florece,
es como tálamo nupcial vacío...!



II

Inquietante cantar andaluz,
relámpago de sombras y de luz,

que eres como la punta de un puñal
en la negra tragedia pasional...

¡Cantar...! Copla y sollozo, vibración,
que palpitas igual que un corazón

que poco a poco deja de existir...

¡Melancolía...! Trémulo sonreír

de unos labios que saben a azahar,
y besan y maldicen a la par.

Noches de ensueño en la florida reja
que brinda su misterio en la calleja

donde la luna se deshoja en flor...

Grito de agonía, llanto de dolor.

Todo el abismo negro de unos ojos
y la locura de los vinos rojos

y los suspiros de la fuente mora
que, en los jardines, entre mirtos, llora

la profunda, romántica pereza
en que se aduerme la Naturaleza,

cuando la ardiente luz del medio día
abrsa el corazón de Andalucía.

Celos, pasión, tristeza, sentimiento,
frágiles rosas que deshace el viento.

Las palabras de amor y de desvío
son hojas secas que se lleva el río...

Floridos naranjales cordobeses...

Alamedas de místicos cipreses...

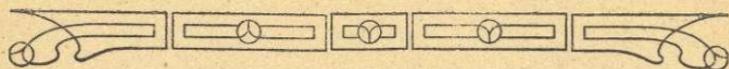
Cármenes de Granada... Manzanilla,
sol y sangre del alma de Sevilla.

Beso, sollozo, risa de mujeres,
dolor, llanto sin lágrimas; tal eres,

cantar, dulce cantar andaluz,
relámpago de sombras y de luz,

que nos hieres lo mismo que un puñal
en la negra tragedia pasional...





III

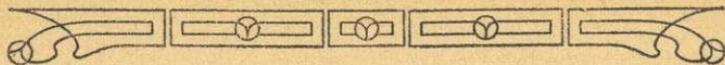
Córdoba, corazón de Andalucía
que late con la sangre de sus vinos,
puso en tus ojos la melancolía
profunda de los trágicos destinos.

De los negros destinos pasionales
de una raza fundida en los crisoles
que bruñeron artistas orientales
con el sol de los cielos españoles.

Ojos de sombras y de fatalismos,
pupilas insondables como abismos,
que tienen la poesía indefinida

del rayo de la luna que nos besa,
mientras soñamos, junto a la florida
ventana de una calle cordobesa.





IV

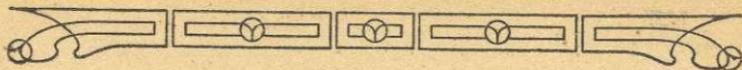
Palpando entre las sombras, como un ciego
que teme tropezar en su camino,
todas las noches a tu reja llego
sin fuerzas que oponer a mi destino.

En el frío cristal de tu ventana
mi frente, reclinándose, medita
en aquella romántica y lejana
fascinación de la primera cita.

Junto a mis sienes se deshoja una
rosa más blanca que la blanca luna.
Mi corazón se para de repente,

pues creo en mi febril arrobamiento,
sentir tú mano acariciar mi frente
y aspirar el aroma de tu aliento.





V

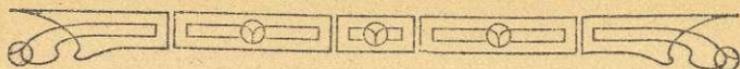
Desde un principio presentí el fracaso;
y al vestirme de luces aquel día,
sudario funeral me parecía
mi chaquetilla de crujiente raso.

Tú estabas en la plaza. Tu sombrío
semblante delataba tus enojos.
No sé lo que sentí. Cerré los ojos,
cité con rabia, resistí con brío.

y a tiempo que la fiera me alcanzaba,
le hundió mi brazo, hasta la cruz, la espada.
Y, así, al rodar sobre la arena inerte,

me tuve por feliz, porque sabía
que tú llorabas con placer mi muerte
con tal de no llorar mi cobardía.





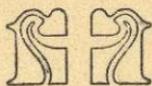
VI

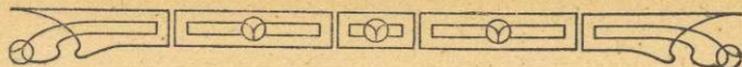
Danzabas bajo el cielo cordobés.
Un clavel que nimbaba tus hechizos
se desprendió de tus revueltos rizos,
rozó tus sienes y cayó a mis pies.

Creyéndolo divisa de tu amor,
quise cogerlo, de mi dicha ufano.
Mas mi mano topó con otra mano
que, brusca, quiso arrebatár mi flor.

Contemplé a mi rival ciego de rabia,
como el que lanza un reto a quien le agravia,
y—¡Ven por él!—gritó mi fiero enojo.

—¡Disputa, si te atreves, mi derecho!—
Y al acercarse, mi cuchillo, un rojo
clavel de sangre le prendió en el pecho.





VII

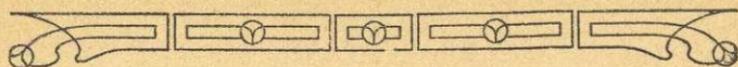
Junto al marco florido de tu reja
esto escrito dejé con sangre mía:
«El que cruce de noche esta calleja
le cavarán la fosa al otro día».

Sentencia a muerte, desafío o ruego
que dé por epitafio a tu pasión,
no queriendo que nadie hiciera fuego
con las cenizas de mi corazón,

Tu juventud fué pájaro de olvido
y para siempre abandonó su nido.
En vano, tras los húmedos cristales,

soñando, tu ilusión su vuelta espera.
¡Que nunca florecieron los rosales
dos veces en la misma primavera!





VIII

De frío se ha secado tu rosal
y en negras sombras se trocó la luz.
Misterios del enigma pasional
que duerme en el espíritu andaluz.

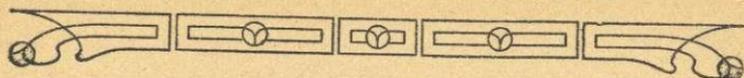
Olvidas hoy lo que adoraste ayer.
La dicha es compañera del dolor.
Donde vive un recuerdo de mujer
quizás mañana brotará una flor.

Sigue la senda que marcada tienes
y no indagues jamás de donde vienes
ni adonde tu camino ha de acabar.

Gusta el placer y arróvalo enseguida;
que flor seca en el huerto de la vida
es flor que nunca vuelve a perfumar.



AL POETA



Bajo tu anhelo de sensualidades,
a través de tu espíritu pagano,
palpitan las austeras realidades
de un humilde sayal de franciscano;

que, aunque adoras con culto panteísta
del paisaje andaluz los esplendores,
sabe sentir tu corazón de artista
místicos arrebatos interiores.

Para gustar tus regaladas mieles
quebrantaré mis bárbaros cinceles.
Y en la quietud de un carmen granadino,

haré callar a mi atambor guerrero
y ceñiré a tu frente de trovero
la pompa de un exámetro latino.

Manuel de Góngora.



EN EL DECLIVE



SOLEDAD

Cuando las luchas del vivir incierto
dan sus hoscas negruras a las almas,
cuando se llora, y al llorar sentimos
que la vida se escapa con las lágrimas,

como un perfume de marchitas flores
aspira nuestro espíritu, en sus ansias,
la eterna primavera en que reposan
los benditos recuerdos de la infancia.

Y en medio del presente, donde luce
tan sólo el corazón como una lámpara,
releemos el libro del pasado
temblando de emoción a cada página.

Cubiertos por la nieve de los tiempos
desfilan los risueños panoramas,
los años venturosos florecidos
bajo el radiante sol de la esperanza.

Tranquilos horizontes azulosos,
campiñas por los trigos tapizadas,
y junto al borde del humilde río,
oculta entre rosales, nuestra casa.

Nos ciega la blancura de sus muros,
llamean como incendios sus ventanas,
y en la paz del crepúsculo parece
ruinosa sepultura abandonada.

Qué tristes en las noches del invierno,
cuando, furiosa, la tormenta brama
y sobre el campo el aguacero miente
rumores de litúrgicas plegarias,

deben aparecer, llenas de sombras,
aquellas viejas y anchurosas salas
que saben de mis risas de muchacho
y mis ensueños juveniles guardan.

Qué tristes y qué solos los senderos
del parque que ensombrecen las acacias,
¡las vetustas acacias que a su tronco
de un santo hogar la tradición enlazan!

Ni una mano que cuide de las flores
que en balde ahora su perfume exhalan,
y mustias se deshojan, sin que nadie
se acuerde ni aun siquiera de cortarlas.

Las hojas amarillas y resecas
descienden desprendidas, como lágrimas
de un llanto silencioso que vertiesen
las pupilas sin luz de la nostalgia.

Todo es silencio en el umbroso valle.
Todo es silencio en la desierta casa.
Las fuentes están secas, y la hiedra
coronó la blancura de las tapias.

En la agonía de la tarde, cuando
la noche lentamente se levanta
del fondo de los trágicos abismos,
como una negra aparición fantástica;

cuando el sol en las cumbres de las sierras
sus últimos relámpagos apaga,
y, en la tristeza del paisaje, llora
con místico dolor una campana;

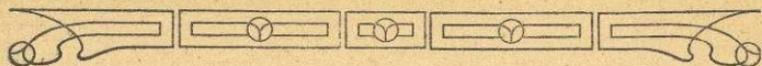
cuando la gente campesina cruza,
al retornar de la labor diaria,
ante el ruinoso caserón sombrío,
haciendo un alto en su cansina marcha,

los ancianos labriegos se detienen
y, un momento, apoyándose en la azada,
hasta los viejos muros derruidos
con amargura sus pupilas alzan.

Y en tanto limpian el sudor fecundo
que el rojo bronce de sus frentes baña,
dejando que las brisas de la tarde
arremolinen sus cabezas blancas,

afirman, dirigiéndose a la turba
de rudos mocetones y zagalas:
—¡Ayer era palacio de alegrías
y hoy da pena tan sólo de mirarla...!





LA HORA MÍSTICA

Tú bien sabes, Señor, que yo no dudo,
que cruzo por la tierra
ajeno de cuidados y pasiones
y con el alma alerta.

Tú bien sabes, Señor, que yo no espero,
que aunque esperar quisiera,
el dolor me circunda y me aprisiona
como al ruinoso torreón la hiedra.

Tú bien sabes, Señor, que yo he cerrado
de mis lares la puerta,
y, a solas con mí mismo, he conseguido
una victoria en la batalla interna.

Mis vicios son virtudes; tú lo sabes,
Señor, y mi existencia
al darme la lección definitiva,
siendo la nube, ha sido la tormenta.

Mas soy débil, Señor, y el Enemigo
entre la sombra acecha
con todos los ardidés preparados
y pronto a derrumbar mi fortaleza.

Yo puse mis tesoros a recato;
en mi íntimo sagrario nadie entra.
Cerré por dentro y arrojé la llave
en la profundidad de una cisterna.

Pero la vida es varia, y los destinos
con ligadura tal nos encadenan,
que somos como el trigo que en los trojes
aguarda la molienda.

Hoy, porque la fatiga se hizo ruda,
porque es grato el rumor de la floresta,
bajo el toldo de un bosque centenario
tendemos nuestra tienda.

Nos juzgamos felices y dormimos
sobre el húmedo lecho de la yerba,
sintiendo alborotar en nuestras almas
un loco ruiseñor de primavera.

Mas una tarde, cuando el sol oculte
su blonda gentileza
tras la distancia azul del horizonte,
entre nubes de roja transparencia,

tendremos la noción del infinito,
latirá el corazón con rara fuerza
y querremos seguir, en vuelo inmenso,
del astro destronado la carrera.

Y de nuevo seremos peregrinos...
Y nuevamente, en caravana eterna,
cruzaremos por valles desolados,
Por altas cumbres de nevadas crestas,

persiguiendo, con ímpetus pueriles,
visiones y quimeras,
paisajes que, a medida que avanzamos,
se esfuman o se alejan.

Así nacimos. La inquietud nos rige.
Somos azar, embarcación sin vela,
juguete de las olas que a capricho
la empujan y gobiernan.

Y ved, Señor, que mi temor es ese;
y ved, Señor, que mi ansiedad es esa...
¿Podré sufrir sin desmayar, los rudos
golpes de la contienda?

Como mañana de temprano otoño,
es limpia y transparente mi conciencia.
En el sepulcro que labró el olvido
la sombra del pasado yace muerta.

Nada quedó de los lejanos días...
Ningún recuerdo en mi interior alienta...
Las flores del jardín de mis ensueños
se deshojaron secas.

Mas no sé qué fantasmas de otros días,
de faz de hielo y de mirada tétrica,
hasta el retiro en que enterré mis vicios
de cuando en cuando cautelosos llegan.

Al pobre corazón desengañado
su hundida boca desdentada acercan,
y, como Cristo a Lázaro, le gritan:
—¡Levántate...! ¡Despierta...!

E introduciendo en el hogar sin lumbre
sus manos esqueléticas,
remueven el rescoldo y las cenizas
sin compasión aventan.

Y entonces, mi Señor, es cuando tiemblo;
entonces cuando busco tu defensa,
cual débil niño que, asustado, busca
la protección materna.

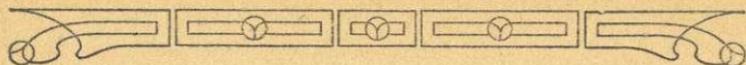
A tu regazo, mi Señor, me acojo
para lograr vencer mi incontinencia,
que es grande tu piedad y se extremece,
vacilando, la fe que me sustenta.

Mas, si por ser inmensos, mis pecados
en tu justicia su perdón no encuentran,
yo te juro, Señor, domar mis ansias
sin más ayuda que mis solas fuerzas.

Y si, rebelde al látigo, no rindo
de la lujuria la invencible fiera,
destrozaré mis carnes, y mis manos,
rasgando el borde de la herida abierta,

se hundirán en el pecho, y, palpitante,
te haré del propio corazón ofrenda,
altivo como el héroe que a su rey
ofrece el oro del botín de guerra.





MELANCOLÍA

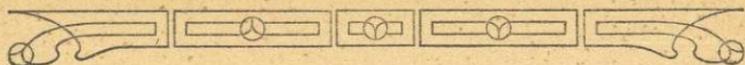
En estas noches claras, misteriosas,
la luna nos envuelve y nos encanta
como un sagrado deshojar de rosas
por las divinas manos de una santa.

Revivimos las horas venturosas..
La realidad abrumba y nos espanta,
al escuchar las notas milagrosas
del ruiseñor que entre las frondas canta.

Quisiéramos, soñando sólo en ellas,
dormirnos contemplando las estrellas,
arrullados por una voz querida.

Y cuando el sol de nuevo nos despierte,
encontrarnos, muy lejos de la Vida,
pisando los umbrales de la Muerte.





TRÍPTICO DE LA MUERTE

I

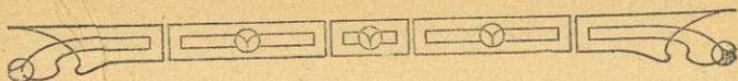
¡Vivir....! Luchar porque el Dolor no muera...!
Engañoso consuelo del enfermo,
que mirando llegar la Primavera,
al sentirse morir, se dice: ¡Duermo...!

La Vida es una senda que se pierde
entre las negras sombras del Olvido...
Algo le dice al alma que recuerde
y el alma siente horror de haber nacido...

¡Oh Muerte! Ten piedad de esta amargura
y el deseado término apresura,
en que el alma, partiendo de la vida,

en la paz de la nada se eternice...
Y en que la carne, en polvo convertida,
las flores de una tumba fertilice...





II

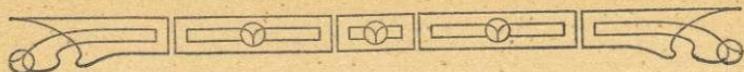
¿A qué vivir, si nunca llegaremos
a saber el por qué de la existencia,
y siempre a nuestro paso encontraremos
un muro infranqueable a toda ciencia?

¿Perecerá también nuestra conciencia
cuando este mundo de dolor dejemos,
o, siendo indefinida por su esencia,
el propio funeral contemplaremos?

La Duda, compañera de la vida,
nuestra razón mantiene reclusa
en la lóbrega cárcel del misterio...

Y sólo que es verdad el hombre advierte
dormir en un oscuro cementerio
en nupcias eternas con la Muerte.





III

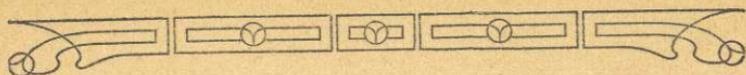
Odiando toda luz, nos ocultamos hasta del propio juicio, comprendiendo que más nuestras miserias despreciamos cuanto mejor las vamos conociendo.

Buscamos la verdad y nos aterra si al cabo conseguimos encontrarla. El alma miente y con afán se aferra a todo cuanto puede enmascararla.

¡Eterno Carnaval del sentimiento...!
¡La farsa de la vida...! Llena el viento
el ronco grito de la humana orgía...

¡Mientras, tal vez, riendo maliciosa,
la Muerte, entre la sombra oscura y fría,
irá, lenta, cavándonos la fosa...!





TÉRMINO

Tanto, Señor, lloraron mis pupilas
que lágrimas en ellas ya no quedan.
Eran como dos fuentes de amargura,
y de amargura se quedaron ciegas.

Llanto vertido en todos los momentos,
por todas las tristezas,
por el hastío del placer saciado,
por la ansiedad de lo que nunca llega.

Por cuantos goces nos brindó la vida
en horas de fantásticas quimeras
y, a poco de surgir, volando huyeron,
como las hojas secas.

Dolor por el ayer, por el mañana,
por la esperanza muerta,
por lo que nace y al nacer sucumbe
sabiendo que tras sí ni rastro deja.

Recuerdos que caminan al Olvido,
visiones que se alejan,
rayos de otoño que temblando mueren
en la empañada y triste vidriera.

¿Qué somos? ¿Qué esperamos? La llanura
ante nosotros, desolada, inmensa,
y avanzar, avanzar, de noche y día,
sin término ni tregua,

sintiendo que las zarzas del camino
punzantes como dardos nos penetran,
y sobre el polvo calcinado, corre
la sangre que se escapa de las venas...

Labios rojos de heridas incurables
que siempre, siempre quedarán abiertas,
porque nunca unas manos compasivas
se posarán en ellas.

Y por final preciso a la jornada,
la Soledad eterna...
Cuatro cipreses... Una blanca tumba
y un epitafio en la pulida piedra.





ENVÍO

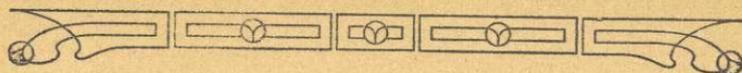
Para que siempre viva en tu memoria
el recuerdo sagrado de una santa
que hizo de la Bondad toda su historia,
rimo los versos que mi amor te canta.

Eres un niño, y sobre tí la vida
aún no vertió su cáliz de amargura.
¡Sentí tu risa resonar perdida
cuando a su cuerpo daban sepultura!

¡Ríe! ¡Que oiga tu risa ella en el cielo
y en mi amargo dolor me dé consuelo!
Pero mañana, muerta tu inocencia

y cuando el niño se transforme en hombre,
aprendiendo a llorar, haz de su nombre
la eterna religión de tu existencia.

ELOGIOS



BEETHOWEN

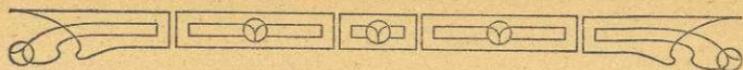
Eres la cumbre, cumbre de belleza
donde el acorde universal palpita,
donde florece y canta la infinita
amargura, sin hiel, de tu tristeza.

Tu música que llora, que medita,
que sollozante ruge su grandeza,
copiando toda la Naturaleza,
como un humano corazón palpita.

En ritmos troquelaste tus dolores
y fuiste hermano de los ruiñeños.
Y como un ciego que mirar pudiera,

cuando sonidos para tí no había,
llorando la crueldad de tu sordera,
creaste, ¡la Novena Sinfonía...!





GANIVET

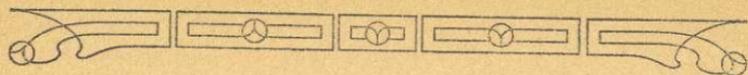
Igual que el labrador sus campos riega
con sudor de su frente bronceada,
perfuma tus creaciones la andariega
tristeza de tu vida atormentada.

Como la luz del sol sobre la vega,
verde tapiz del trono de Granada,
luciente brilla con fulgor que ciega
el oro de tu prosa cincelada.

Miguel Angel del verso, la Poesía
fué el mármol sobre el cual tu fantasía
talló el dolor de toda una existencia.

¡Triste existencia sin amor ni calma
de un iluso escultor que en su demencia
quiso esculpir los sueños de su alma!





ALONSO CANO

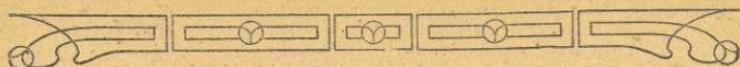
Alma de artista, corazón cristiano,
que en místicos ensueños de coloso
hiciste del sentido religioso
un templo para el Arte soberano.

Tú fuiste grande porque fuiste humano;
y, bajo un cielo azul y esplendoroso,
fructificó tu ingenio prodigioso
a la par que tu orgullo mahometano.

Al mármol domeñaste, y tu paleta
amó la realidad siendo poeta...
¡Tu Mater-Dolorosa no es soñada...!

¡Yo he visto aquellos ojos de amargura
cruzar el cementerio de Granada
y orar ante una pobre sepultura...!





DARÍO DE REGOYOS

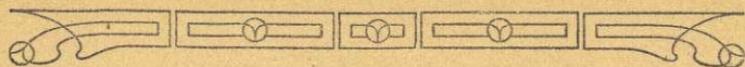
Era tu alma un crepúsculo de oro
copiado por tu mágica paleta,
que fué instrumento musical sonoro
al par que dulce lira de poeta.

Te dió la patria inspiración devota,
Y, errante peregrino en tierra extraña,
evocó tu pincel de patriota
las trágicas visiones de tu España.

Amaste el Arte y tan artista fuíste
que grabar en tus obras conseguiste
del Arte eterno el imborrable sello

Y un día, silenciosa, resignada,
tu vida se extinguió, como un destello
poniente en el paisaje de Granada.





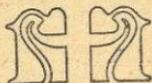
VILLAESPESA

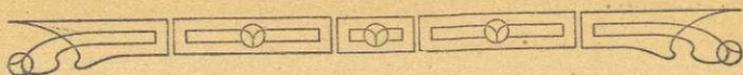
Poniendo por divisa en tus pendones
la intensa pena que tu pecho hería
partiste a conquistar los corazones
sobre el blanco corcel de la Poesía.

Y viste, que al surgir la melodía
de tus tiernas dulcísimas canciones,
el mundo entero tu dolor sentía
llorando por tus muertas ilusiones.

Y, de esta suerte, te donó la gloria
el premio juntamente a la victoria;
pues cada corazón que conquistaste,

sometido al poder de tu divisa,
fué, como blanca flor que deshojaste
sobre la tumba de tu *pobre Elisa*.





MANUEL DE GÓNGORA

Eres noble y sereno, igual que aquellos
príncipes de la casa de los Austrias,
que en los lienzos de Diego de Velázquez
son como ejecutorias de la raza.

Tus versos son metálicos, sonoros,
como chocar de escudos y de lanzas,
y tienen tus estrofas la grandeza
de las rudas estepas castellanas.

Tu espíritu de hidalgo aventurero
rimó los sueños de sus hondas ansias
en medio de un ambiente sin poesía,
cual otro don Quijote de la Mancha.

Y el eco evocador de tus canciones,
haciendo revivir glorias pasadas,
ascendió, como hiedra milagrosa,
por los escombros de la vieja España.

Cantaste a los recuerdos del pasado
y fueron como lluvia tus palabras,
que, al caer sobre el polvo de los siglos,
hizo fecundas las planicies áridas.

Indómita, potente y vigorosa,
tu inspiración meridional y cálida
cabalgó sobre el ritmo de tus versos
como en membrudo potro de batalla.

Cruzaste los desiertos en que duerme
su sueño secular la historia patria,
teniendo a los heráldicos leones
tendidos y humillados a sus plantas.

Atravesaste sendas de laureles
que arcos triunfales tejen con sus ramas,
y bebiste en las fuentes cristalinas
donde la lengua de Cervantes mana.

Y una tarde, rendido de cansancio,
abandonando el peso de las armas,
te dormiste en las selvas en que, oculto,
el ruiseñor de la leyenda canta.

Y dormido prosigues, sin que logren
arrastrar tus pretéritas nostalgias,
ni el correr incesante de los tiempos
ni los modernos cauces de las aguas.

Sigue durmiendo, pobre hidalgo, siempre.
No quiera Dios que tus pupilas abras,
porque al mirar en torno tuyo, acaso,
sentirás la amargura de las lágrimas.

Duerme, y nunca despiertes de tu sueño;
que en blasfemia trocöse la plegaria
y están solas y tristes las ruínas
de la vetusta y solariega casa.

Duerme por siempre, duerme, reclinado
sobre los pechós de la madre España,
la noble y melancólica matrona
más adorable cuanto más anciana.

Y si algún día sientes que a tu puerta
la vida nueva, clamorosa, llama,
deshoja tus postreros madrigales,
arrumba tu tizona toledana

y apréstate al combate de la intriga,
de los mortales odios y la farsa;
que no es justo que el dardo de la prosa
abolle o rompa tu armadura hidalga.

INDICE

	<u>PÁGINAS</u>
DEDICATORIA	3
A UNA MUERTA.	5
AUTO DE FE	9
DEL ALMA INGENUA	
En un viejo jardín de Andalucía	15
Novicia del Amor: Sobre tu frente	17
Y tienes, sin embargo, tus dolores.	19
A través de los vidrios empañados	21
A qué fingir si en tus pupilas leo	23
Felicidad, por fin me visitaste	25
ECOS DE LA NOCHE	
LA LEYENDA.	35
EL TROVADOR	39
LA PRINCESA.	42
EL RECUERDO.	45
LA AGONÍA	47
CANCIÓN DE LINDARAJA.	53

CANCIONES DEL RECUERDO

Sobre las aguas del silente río	63
Al mirarme cruzar a los fulgores	65
Tantos presagios en la tarde había	67
Llenas y aromas mis romanticismos	69
Te sigo a todas partes sin cansancio	71

JARDINES INTERIORES

Clara, como la fuente de la Dicha	75
Dios te bendiga porque fuiste buena	78
Quiero hacer de tu amor tan alto culto	83
A dónde estás, fragante Primavera	86
Te sueño en cuanto alcanzan mis pupilas	89

IDILIOS ANDALUCES

Negras tristezas la guitarra llora	95
Inquietante cantar andaluz	98
Córdoba, corazón de Andalucía	101
Palpando entre las sombras como un ciego	103
Desde un principio presentí el fracaso	105
Danzabas bajo el cielo cordobés	107
Junto al marco florido de tu reja	109
De frío se ha secado tu rosal	111

EN EL DECLIVE

SOLEDAD	119
-------------------	-----

LA HORA MÍSTICA 124

MELANCOLÍA 131

TRÍPTICO DE LA MUERTE

¡Vivir...! Luchar porque el dolor no muera 133

A qué vivir si nunca llegaremos 135

Odiando toda luz, nos ocultamos 137

TÉRMINO 139

ENVÍO 142

ELOGIOS

BEETHOVEN 145

GANIVET 147

ALONSO CANO. 149

DARÍO DE REGOYOS 151

VILLAESPESA 153

MANUEL DE GÓNGORA. 155

ILUSTRACIONES LÍRICAS

De los dulces regatos cristalinos 29

Húmedo por la lluvia y por el llanto 59

Bajo tu anhelo de sensualidades 115

ÍNDICE



OBRAS DE ALBERTO A. CIENFUEGOS

Andantes. Poesías (agotada).

Esperándola del Cielo. Tragedia en tres actos y
en verso.

EN PRENSA

Solar Andaluz. Poesías.

Cármenes de Granada. Poesías,

Los Dos Alcázares. Prosas de evocación.

La Maja del Albayzín. Tragedia en cuatro actos
y en verso.

PRÓXIMAS A PUBLICARSE

Lo que nunca muere. Novela.

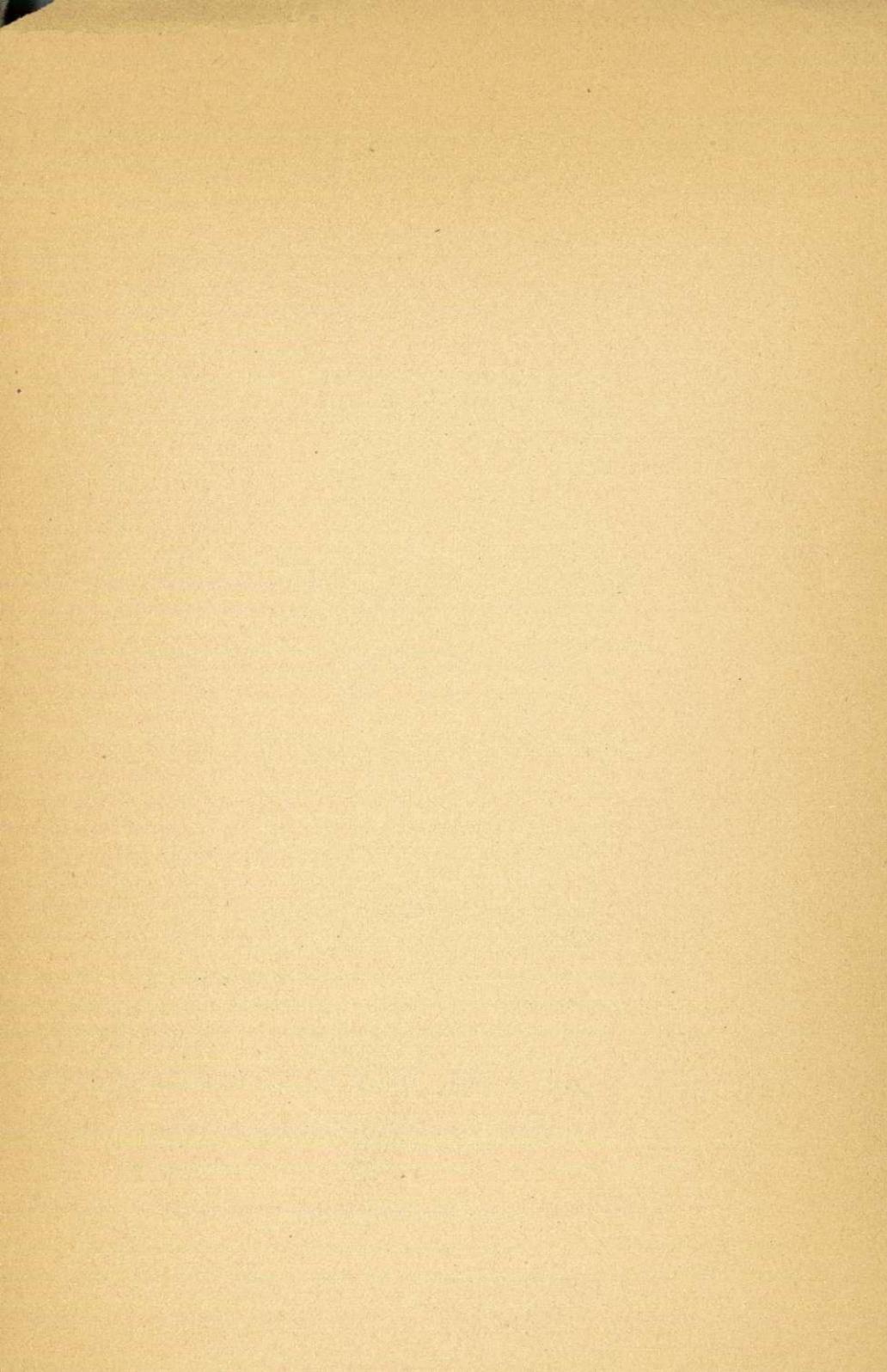
Tragedias pasionales. Poesías.

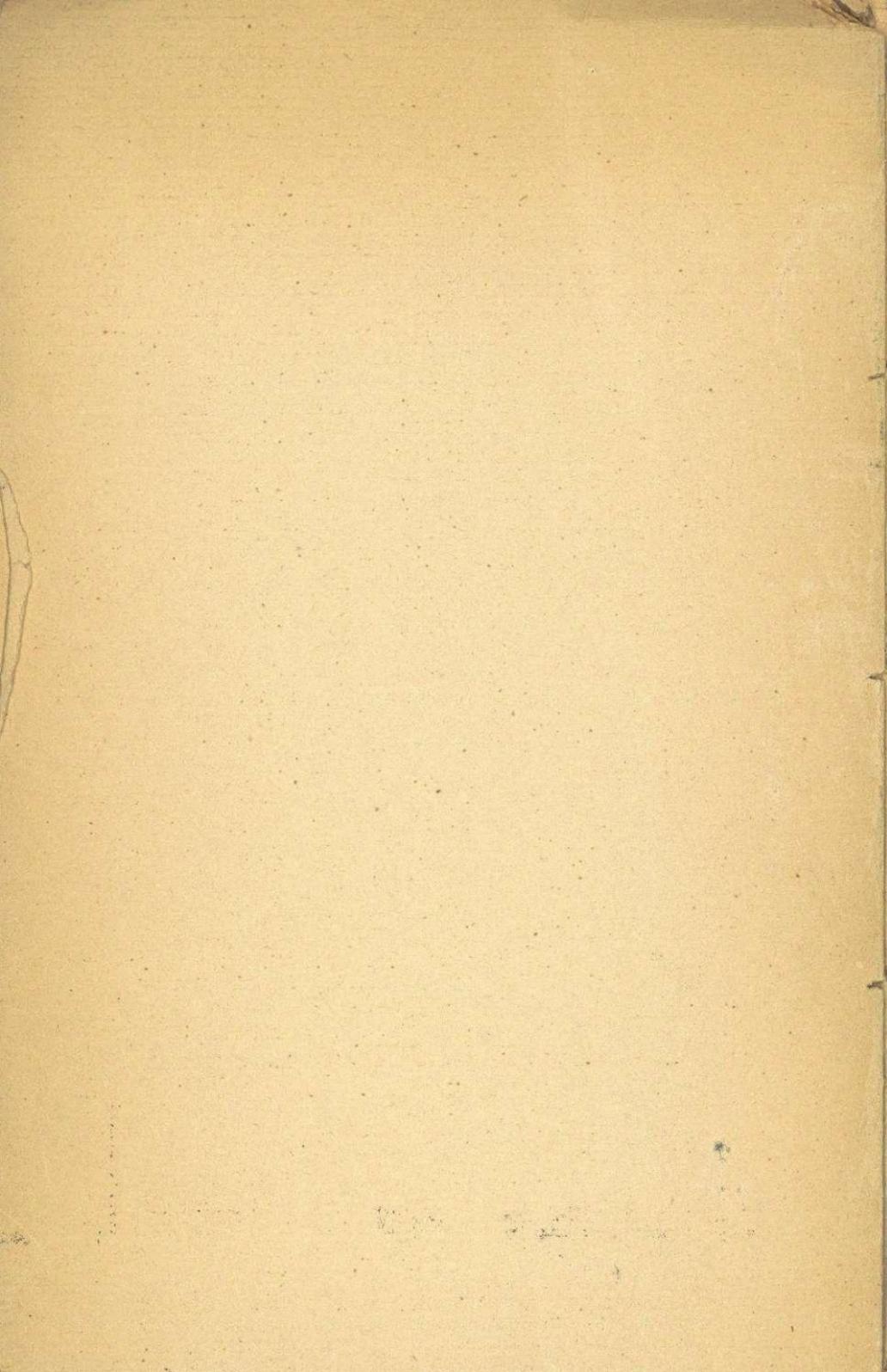
Escuchando las fuentes. Poesías.

Moraima, Tragedia en cinco actos y en verso.

Cuando el Dauro canta. Poemas de amor y
fatalismo.







Precio, 3 pesetas

